

Historia de la investigación

A pesar del gran interés social que tiene la Edad del Hierro en Cantabria, en gran medida debido al enfrentamiento de los cántabros con Roma, la arqueología de este periodo aún se encuentra en un estado que podemos considerar embrionario, algo que se aprecia a la perfección cuando realizamos un rápido repaso por los avances arqueológicos más relevantes conocidos hasta ahora.

1.1. De A. Schulten a M.A. García Guinea

Los orígenes de las investigaciones, desde el punto de vista arqueológico, acontecen en un marco científico en donde el debate se centra en la filiación étnica de los cántabros. Dos son las teorías predominantes: aquella que, influida por las incipientes tendencias regionalistas, considera que se trata de un pueblo de origen céltico (Assas, 1867; Fernández Guerra, 1868; Lafuente, 1877; Cabré, 1920); y la hipótesis que, encabezada por P. Bosch Gimpera (1932; 1974), sostiene que los cántabros eran iberos de la cultura de El Argar que llegaron a través del valle del Ebro. Tras sus excavaciones en Monte Ornedo A. Schulten considera que eran fundamentalmente un núcleo celto-ligur sobre el que a partir del año 300 a.C. se impuso una capa ibérica procedente del Mediterráneo. La tesis celtista fue la que se asentó a partir de este momento siendo defendida por autores como J. Carballo (1948) o J. González Echegaray (1966), e influyendo en las conclusiones de las excavaciones del castro de Las Rabas (García Guinea y Rincón, 1970). Este trabajo, junto con la intervención de A. Schulten en Valdeolea, fue la única base arqueológica procedente de Cantabria, la cual se incluyó en los trabajos de síntesis que surgieron tras la estela de la obra *Los Cántabros* de J. González Echegaray (1966); una base escasa que no conseguirá superar el peso de los argumentos lingüísticos y de las fuentes clásicas en un discurso centrado en exclusiva en la Segunda Edad del Hierro.

Las primeras excavaciones de las que tenemos constancia en Cantabria son las realizadas por A. Schulten en Monte Ornedo (Valdeolea). En 1906, poco antes de que el investigador alemán tomase rumbo hacia Numancia, descubre en la cima de Santa Marina los restos de lo que interpreta como un castro prerromano (Figura 1.1). Advierte de la presencia, en la falda más accesible, de cinco defensas, cuatro de ellas terreras y una construida con doble paramento de piedra en torno a la que se erigiría el acceso al poblado, adoptando una forma de esviaje. La puerta era de madera y a ella vincula varios objetos de hierro que hoy se encuentran depositados en el Museo Arqueológico Nacional. Hacia Ornedo señala igualmente la existencia de tres defensas y un foso que no llegan a ser excavados. Entre los escasos materiales recuperados hace

referencia a molinos, afiladeras, hierros, cerámica pintada que relaciona con la cerámica ibérica, y algunos restos de adobes quemados y cenizas que son la prueba que usa para afirmar que existieron cabañas de planta circular. El poblado, según A. Schulten (1942; 1943), fue destruido durante las Guerras Cántabras.

Medio siglo después tenemos noticias, pero no información precisa ni materiales, de las “rebuscas”, en palabras de García y Bellido (1956: 171), que junto con J. González Echegaray (1966) llevaron a cabo en el castro de Cañeda (Campoo de Enmedio), sin obtener ningún resultado de interés. En 1964, M.A. García Guinea y J. González Echegaray retoman las investigaciones en Monte Ornedo, concretamente en el recinto interior de Santa Marina, en el cual descubren múltiples restos medievales y los cimientos de la ermita que da nombre al lugar. De todo el lote de piezas exhumadas solamente un fragmento de *terra sigillata*, un cuchillo afalcatado y un denario republicado acuñado en Sicilia entre el 209 a.C. y el 208 a.C. les permiten intuir una posible ocupación anterior al episodio de conquista (Bohigas, 1978).

No será hasta el año 1968 y 1969 cuando, de la mano de M.A. García Guinea y R. Rincón (García Guinea y Rincón, 1970; García Guinea, 1997, 1999), y tras la continua insistencia de Adolfo Peña, se inicien los trabajos en el castro de Las Rabas (Campoo de Enmedio), un yacimiento que será usado como base y referencia imprescindible en todas las interpretaciones de la Edad del Hierro realizadas desde entonces (Figura 1.2). Durante estos dos años las distintas áreas abiertas posibilitaron recuperar información acerca de las estructuras defensivas del poblado y su registro material, mientras que las estructuras de hábitat les resultaron esquivas, al igual que la obtención de una secuencia estratigráfica. El registro material recuperado les lleva a asociar el yacimiento con los niveles IIa y IIc de Soto de Medinilla (García Guinea y Rincón, 1970: 29), datándolo así entre los siglos II-I a.C. (García Guinea y Rincón, 1970: 34), aunque no descartan que pudiera existir una primera ocupación durante el siglo III a.C. que estaría en relación con las cerámicas negruzcas semiespatuladas con acanaladuras (García Guinea y Rincón, 1970: 29). Para estos autores sus habitantes practicarían una economía primitiva basada en el pastoreo, la caza y la agricultura residual de cereales y legumbres, desarrollando una cultura material caracterizada por las pervivencias hallstáticas, las similitudes con la cultura de los verracos (cerámicas estampilladas) y las fuertes influencias del mundo celtibérico (García Guinea y Rincón, 1970: 35). Su final, aun sin hallarse pruebas directas, es relacionado con las Guerras Cántabras.



Figura 1.1. Casto de la Mora y Obregón en la cima de Santa Marina del Monte Ornedo (1898–1905) (Foto del Fondo Ángel de la Mora, Centro de Documentación de la Imagen de Santander, CDIS, Ayuntamiento de Santander. Diario Montañés 26/03/2013).



Figura 1.2. Excavaciones en el casto de Las Rabas (1968–1969) (Fotografía: ©Museo de Prehistoria y Arqueología de Cantabria).

1.2. Los años 80 y 90 del siglo XX

A partir de la década de los 80 del siglo XX, con la creación de la Comunidad Autónoma de Cantabria y de la Universidad de Cantabria, se producirá en buena medida un incremento de los estudios centrados en la Edad del Hierro. No obstante, la mayor parte de ellos heredarán las tendencias ya citadas: una investigación centrada en la Segunda Edad del Hierro, eclipsada por los cántabros y las Guerras Cántabras, basada principalmente en argumentos derivados de las fuentes clásicas y la lingüística, con escaso peso de la arqueología. Claros ejemplos son los debates acerca de la existencia de cántabros cismontanos y transmontanos, como consecuencia de la falta de proyectos arqueológicos (Rincón, 1985; Iglesias, 1986–1987; De Blas y Fernández Manzano, 1992; Solana, 1998), o la consideración de los cántabros como un pueblo precelta (Gómez-Tabanera, 1991; Almagro Gorbea y Ruiz Zapatero, 1992; Peralta, 2003). Solamente un pequeño grupo vinculado a la Universidad de Cantabria y, especialmente, al Museo de Prehistoria y Arqueología de Cantabria y al Instituto Sautuola comenzarán a intensificar el trabajo de campo introduciendo en el debate científico paulatinamente aspectos hasta ahora marginales o desconocidos como la Primera Edad del Hierro o el uso de las cuevas. En lo concerniente a la cultura material, debido en gran medida a la intermitencia de las excavaciones y a la falta de estudios, su repercusión será muy limitada, llegando incluso a estar ausente en trabajos de referencia como la obra *Los cántabros antes de Roma* de E. Peralta (2003).

A estos momentos responde la intervención arqueológica realizada en 1984 en el yacimiento de El Ostrero (Camargo) bajo la dirección del C. Lamalfa en la cual, con carácter de urgencia, se puso al descubierto un conchero compuesto principalmente por ostras, navajas, almejas finas, navallón, mejillón, almeja de fango, berberecho, almeja vieja y almejón de sangre junto con algunos fragmentos cerámicos (Lamalfa *et alii*, 1998). Estos, junto con una reciente datación (Bolado *et alii*, 2022), ha permitido situar el conchero en la Primera Edad del Hierro, y reconocer una fase romana.

Un año después, en 1985 y también con carácter de urgencia como consecuencia de la alteración que podía ocasionar una plantación de pinos, M.A. García Guinea interviene en el abrigo de El Puyo (Miera) (San Miguel *et alii*, 1991: 162–163; Fernández Acebo, 2010: 557–556). Junto a la prospección realizada y la excavación de tres sondeos en distintos puntos del abrigo, se trabajó sobre uno de los 23 túmulos documentados. Este, una vez retiradas las unidades de piedras y a unos 80 cm de profundidad, proporcionó un nivel negruzco de cenizas, huesos calcinados, restos líticos y fragmentos cerámicos que se extendían por toda la superficie. Entre la cerámica llegaron a distinguir ollas, vasos, cuencos y vasijas de perfil en S, mientras que una falange suscitaba dudas acerca de su posible pertenencia a un humano. Todo ello podría responder a una necrópolis de la Segunda Edad del Hierro, una fecha que se verá confirmada por los

resultados de la datación publicada años después (Morlote *et alii*, 1996: 276; Arias, 1999: 253) y que termina por convertir a este yacimiento dentro de la historiografía en la única necrópolis de la Edad del Hierro de la que tenemos constancia hasta ahora en Cantabria.

Este mismo año R. Rincón (1985) publica, en el marco de la *Historia de Cantabria* dirigida por M.A. García Guinea, una síntesis de la Edad del Hierro en la que se incluyen la mayor parte de los datos arqueológicos disponibles hasta el momento, observándose una importante influencia de los trabajos realizados en el castro de Las Rabas. P. Smith (1985) da a conocer también varias piezas que relaciona con la Edad del Hierro y que fueron halladas en distintas cuevas del valle de Matienzo, entre las que se encuentran las cuevas de Cofresnedo, Cuatribú, Codisera, Barandas y la cueva del Agua; estos hallazgos los vincula con zonas de enterramientos que podrían suponer pervivencias de las prácticas desarrolladas durante la Edad del Bronce. Miguel Ángel Marcos García (1985) presenta igualmente en estos meses su memoria de licenciatura titulada *Revisión de los materiales arqueológicos del yacimiento de Celada Marlantes, conservados en el Museo Regional de Prehistoria y Arqueología*, que fue resumida con posterioridad en un breve artículo (Marcos García, 1987–88–89: 235–244) y en la que destaca su estudio de la cerámica. Según este autor existen cuatro tipos de producciones (romana, campaniense, celtibérica y a mano) que le permiten diferenciar tres momentos dentro del castro: Celada Marlantes A, B y C. El primero, CM-A, transcurre desde el siglo IV a.C. hasta la primera mitad del siglo III a.C., caracterizándose por mantener formas arcaicas con unguilaciones en los labios y decoración a base de pezones, mamelones e impresiones triangulares o romboidales. Entre la segunda mitad del siglo II a.C. y el siglo I a.C. se abandonan estos arcaísmos y comienzan a producirse vasijas a mano con decoraciones a base de impresiones, estampillados y digitaciones, mientras de forma simultánea aparecen las primeras cerámicas celtibéricas fruto de los contactos con los valles del Duero y del Ebro: estaríamos así ante CM-B. Por último, CM-C, transcurre entre la segunda mitad del siglo II a.C. y el siglo I a.C., un periodo en el que junto a las formas más elaboradas de cerámica prerromana conviven las cerámicas celtibéricas pintadas y las escasas muestras de cerámica campaniense y cerámica común romana.

Al año siguiente, el mismo en el que ve la luz el breve estado de la cuestión publicado por R. Bohigas (1986–1987), Raúl Vega, Regino Rincón y Eduardo Van den Eynde realizan la segunda intervención arqueológica en el castro de Las Rabas, la cual ha permanecido inédita hasta ahora. De la memoria existente llama la atención las referencias hacia la presencia de hogares y la fijación del momento de fundación del yacimiento entre el año 220 a.C. y el 179 a.C. Un origen que sería consecuencia del “violento” proceso de celtiberización que se da por buena parte del norte peninsular y que motivará la destrucción y el abandono, así como la creación, de numerosos castros; idea ya planteada por R. Rincón (1985). El

reflejo de la difusión de esta nueva cultura lo encuentran en las cerámicas celtibéricas, las cuales convivirán con elementos arcaizantes justificados por la lejanía del poblado respecto a los principales núcleos celtibéricos (Vega *et alii*, 1986).

Inéditas hasta la presente investigación son también las primeras excavaciones realizadas en el castro de Argüeso-Fontibre (Hermandad de Campoo de Suso) en 1990–1991 bajo la dirección de E. Van den Eynde Ceruti, con las cuales se quiso comprobar el potencial arqueológico del yacimiento y esclarecer su adscripción cronocultural. Las únicas noticias existentes acerca de esta campaña nos hablan de la intervención en la muralla sudeste y en un vertedero (Van den Eynde, 2000). En ambos casos se incide en la abundancia de hallazgos cerámicos y metálicos, realizando una caracterización breve de los primeros: “se trata, generalmente, de grandes vasijas de almacenamiento, ollas y pequeños cuencos, con panzas globulares (grandes vasijas) y bordes exvasados (ollas y cuencos), de pastas porosas y desgrasantes de caliza y cuarzo. El color de las pastas varía del gris oscuro al rojo, en relación con modalidades de cocción en atmósfera bien reductora, bien oxidante. La superficie de las vasijas aparece comúnmente alisada, y solo excepcionalmente con bruñido y marcas de espátula. Por lo que respecta a las decoraciones suelen ser digitaciones (marcas de dedos) en bordes y labios. También aparecen unguilaciones e incisiones en panzas” (Van den Eynde, 2000). Es precisamente la exclusiva presencia de cerámica a mano la que lleva a situar al poblado en la Primera Edad del Hierro.

En 1996 salen a la luz las actas de la primera reunión sobre la Edad del Hierro en Cantabria, celebradas en Santander el año anterior, bajo el título de *La Arqueología de los Cántabros*. En ellas se tratan tres temas que centrarán parte del debate científico desde entonces: la cultura material, el arte esquemático abstracto y el uso de las cuevas.

En lo concerniente a la cultura material destacan los trabajos de J. Ruiz Cobo (1996a y b) sobre la cerámica de la Edad del Hierro y las fíbulas de pie vuelto. En el primero de ellos, aunque centrado en el sector central de la cornisa cántabrica y sin llevar a cabo un estudio completo de los conjuntos cerámicos, este autor realiza una propuesta que distribuye la colección en ocho grupos atendiendo tanto a aspectos morfológicos como formales, y en los que se incluyen piezas que hoy día sabemos que no pueden adscribirse a este periodo. Entre sus conclusiones son de destacar la vinculación de las vasijas en cueva con recipientes funerarios o la datación de las ollas de perfil en S en la Segunda Edad del Hierro.

Por lo que respecta a las fíbulas de pie vuelto propone una clasificación de este tipo de piezas en once grupos, todos ellos de la Segunda Edad del Hierro. La muestra empleada abarca los distintos ejemplares del territorio de los antiguos cántabros, dando a conocer algunas piezas inéditas que nunca han llegado a ser depositadas, como en el caso del castro de Las Rabas.

Muñoz Fernández *et alii* (1996b) llevan a cabo una interesante síntesis sobre el denominado arte esquemático abstracto, un tipo de representación al que ya hacía referencia el propio M. Sanz de Sautuola (1880), quien las interpreta como marcas topográficas o el resultado de la acción de las antorchas. Breuil y Obermaier (1935) fecharon este tipo de arte entre el Paleolítico y época visigoda y no es hasta los trabajos de A. Llanos (1961; 1966; 1977), quien considera que son representaciones funerarias de entre el Bronce final y la romanización, cuando se adapta esta interpretación en Cantabria (Muñoz y Serna, 1985). En nuestra región, al documentarse en el lugar donde había restos identificados como de la Edad del Hierro o romanos se estableció una relación directa con ambas épocas. El listado de cuevas que en este momento contaban con arte esquemático abstracto ascendía a 79 cavidades.

En este mismo volumen Y. Díaz Casado (1996) defiende que las hipótesis acerca del arte esquemático abstracto en Cantabria son apriorísticas y sin base sólida, siendo imposible establecer una asociación directa con los materiales arqueológicos, los cuales pudieran pertenecer a otras épocas. Esta visión crítica, que sostendrá en estudios posteriores (Díaz Casado, 1999), en cierta medida se vio apoyada con el tiempo por las distintas dataciones que fueron desplazando estas marcas hacia la Edad Media. Es el caso, por ejemplo, de las cuevas de El Calero II (Piélagos) y el Portillo del Arenal (Piélagos) (Muñoz y Molote, 2000a; Smith, 2007), la cueva de la Cueva (Camargo) (Muñoz y Molote, 2000b), la cueva de Coburruyo (Ruesga) (Ruiz Cobo, 2000; Ruiz Cobo y Smith, 2003), las cuevas de cueva Roja (Ruesga), Cofresnedo (Matienzo) y las Grajas (Ruesga) (Ruiz Cobo y Smith, 2003) o la cueva de las Injanas o Anjanas (Valdáliga) (Marcos y Rasines, 2002; Marcos *et alii*, 2003). A pesar de ello, aunque minoritaria, la hipótesis que relaciona estas representaciones con depósitos de la Edad del Hierro sigue manteniéndose (De Luis, 2014).

Relacionado directamente con el tema anterior, Morlote *et alii* (1996) afrontan el uso funerario de las cuevas en Cantabria, una hipótesis arraigada tras el artículo de P. Smith y E. Muñoz sobre las ocupaciones en cueva durante la Edad del Hierro (Smith y Muñoz, 1984), que encuentra sus orígenes en la interpretación que Calderón de la Vara (1955) hace de una de las vasijas halladas en cueva de Luma (Comillas) la cual, con restos de ceniza, es considerada una urna de incineración. Dentro de las 59 cavidades que son analizadas, los autores prestan especial atención a la cerámica, la cual es dividida entre recipientes funerarios y de ajuar, distinguiendo dos grandes tipos: las vasijas tipo Brazada, de gran tamaño, y las ollas de perfil en S, las cuales con el tiempo han resultado en algunos casos pertenecer a épocas posteriores (Muñoz y Gómez Arozamena, 2004; Gutiérrez Cuenca y Hierro, 2012). La hipótesis funeraria se extendió ampliamente entre los distintos investigadores (García Alonso y Bohigas, 1995; Obregón, 2000; Peralta, 2003; Ruiz Cobo *et alii*, 2007; Smith y Muñoz, 2010) comenzando a ser aislada en favor

de una interpretación simbólica o ritual desde comienzos del siglo XXI (Ruiz Cobo *et alii*, 2007; Ruiz Cobo y Muñoz, 2009; Smith y Muñoz, 2010; Smith *et alii*, 2013; De Luis, 2014).

1.3. La arqueología de la Edad del Hierro en el siglo XXI

Entre finales del siglo XX y comienzos de siglo XXI se produce un giro drástico en los estudios de la Edad del Hierro, adquiriendo por primera vez mayor protagonismo la arqueología frente a las fuentes clásicas o la lingüística. Distintos equipos de investigación vinculados al Museo de Prehistoria y Arqueología de Cantabria, a la Universidad de Cantabria y arqueólogos independientes pondrán en marcha proyectos destinados a conocer el poblamiento de enclaves de la Primera y, especialmente, de la Segunda Edad del Hierro, concentrando una gran parte de los esfuerzos en aspectos poliorcéticos relacionados tanto con las defesas como con los asaltos acontecidos durante las Guerras Cántabras. Es de destacar que, a pesar del aumento de las investigaciones, sigue existiendo una considerable laguna en el conocimiento de la cultura material del periodo, algo que, en parte, se incrementa por la falta de publicación de buena parte de los materiales hallados durante estos años.

El inicio de esta fase lo podemos situar en 1996 cuando comienzan tres de los grandes proyectos. El primero de ellos, desarrollado hasta 2005, tuvo como objetivo el castro de la Peña de Sámano (Castro Urdiales) (Molinero *et alii*, 1992; Bohigas *et alii*, 1999; Bohigas y Unzueta, 2000; Bohigas *et alii*, 2008; Bohigas y Unzueta, 2009; 2011). En él, el equipo dirigido por R. Bohigas y M. Unzueta pudo confirmar la existencia de un complejo sistema defensivo, así como un urbanismo de cabañas circulares y rectangulares con zócalo pétreo que pudo estar articulado por calles. Estas estructuras estarían en uso durante la Segunda Edad del Hierro llegando hasta los primeros momentos de la presencia romana, como parecen indicar las dataciones por termoluminiscencia. En algunas zonas pudo percibirse la existencia de una fase anterior protagonizada por estructuras perecederas levantadas con postes que podrían estar relacionadas con la fecha proporcionada por un fragmento cerámico hallado en el relleno de uno de ellos, el cual nos lleva hasta el Bronce final o la Primera Edad del Hierro. Entre sus materiales, aún inéditos, destaca la fíbula de apéndice caudal o de la Tène de la cueva de Ziguste y una fusayola pétreo decorada con cuartos crecientes en una de sus superficies (Bohigas *et alii* 2003).

El segundo de los proyectos, dirigido por E. Peralta, afrontó hasta el año 2005 el estudio del castro de la Espina del Gallego (Corvera de Toranzo, Arenas de Iguña y Anievas) (Peralta, 1999a; 1999b; 2000; Peralta *et alii*, 2000; Peralta, 2002b; 2002c; 2003; 2008; 2015; Póo *et alii*, 2010). Un recinto fortificado con tres líneas de defensa de las cuales solamente la intermedia y exterior se relacionan con la fase prerromana (Póo *et alii*, 2010), aunque en el caso de la exterior E. Peralta considera que fue levantada o rehecha por la guarnición romana que se asentó en la cima tras

el abandono del recinto fortificado (Peralta, 2015a: 138). El yacimiento no aporta ningún resto material prerromano aunque, bajo el barracón romano, se ha obtenido una datación que nos lleva hasta la Segunda Edad del Hierro, (Peralta, 2000), momento al cual pudieran pertenecer también algunas de las estructuras situadas entre las dos murallas exteriores, destacando un edificio de falsa bóveda y factura ciclópea en el que se ha querido ver una sauna (Peralta, 2003: 291; Póo *et alii*, 2010: 295–296).

El tercero de los proyectos se enmarca en el *Estudio integral del complejo arqueológico de La Garma (Omoño, Ribamontán al Monte)*, dentro del cual se intervino en el castro del Alto de la Garma trabajándose en 13 sectores orientados a conocer tanto su sistema defensivo como el hábitat interno (Pereda, 1999; Arias *et alii*, 2000, 2008, 2010). Gracias a ellos se pudo documentar un yacimiento de la Primera Edad del Hierro con dos defensas pertenecientes a dos momentos constructivos distintos. En el interior se identificaron restos de varias estructuras de habitación de planta circular de entre 6 y 7 m de diámetro, que solían adosarse a las murallas o situarse próximas a ellas. Su construcción se realizó mediante zócalos pétreos sobre los que se dispusieron entramados de varas y postes destinados a sustentar un tejado orgánico. El exterior e interior de las paredes quedaría recubierto mediante manteado de barro, como prueban los restos recuperados. Una de las cabañas proporcionó granos de *Hordeum vulgare* y *Triticum* sp. que fueron datados entre los siglos VII-VI a.C. El registro material recuperado fue escaso, no obstante, junto a piezas aisladas como un punzón, un posible talón de hacha de bronce o restos de molinos, destacan los estudios realizados sobre los carporrestos, la fauna y la producción cerámica (Arias y Ontañón, 2008; Arias *et alii*, 2010; Bolado *et alii*, 2015a; Sánchez *et alii*, 2016). En base a ellos ha sido posible constatar materialmente la existencia de una producción agrícola basada en el trigo y la cebada y la práctica de una ganadería centrada en el *Bos taurus* y los ovinos, que se complementaría con la caza de ciervo.

En 1997 A. Ruiz Gutiérrez retoma durante una campaña los trabajos en el castro de Argüeso-Fontibre (Hermandad de Campoo de Suso) en un intento de ahondar en la cronología y las características de su hábitat (Ruiz Gutiérrez, 1999a; 2000; 2007). Los dos sondeos realizados únicamente aportaron restos materiales, principalmente cerámicos, fauna, bronce y conglomerados de pared de cabaña, los cuales vincula con estructuras cercanas. Las características de la cerámica, pertenecientes a vasijas de almacenaje de panzas globulares, ollas de perfil en S y cuencos con ocasionales decoraciones digitadas, unguiladas e incisas, le lleva a fechar el yacimiento, como ya hiciera E. Van den Eynde (2000), en la Primera Edad del Hierro, pudiendo ser abandonado durante la transición a la Segunda Edad del Hierro.

Este también es el año en el que se inicia el denominado proyecto *El poblamiento prehistórico al aire libre al sur de la Bahía de Santander* (Valle, 2000; Valle y Serna, 2003; Valle, 2008, 2010), que durará hasta el año 2005 y

se centrará en la investigación del castro de Castilnegro (Medio Cudeyo-Liérganes). A lo largo de las sucesivas campañas pudo documentarse un recinto fortificado compuesto por dos líneas concéntricas de muralla de hasta 6 m de anchura que eran auxiliadas ocasionalmente por una tercera allí donde las características naturales del terreno lo hacían necesario, o por dos líneas defensivas en el sur. Dos de sus accesos fueron excavados, identificándose en la zona de la acrópolis una puerta acodada a modo de esviaje de 80 cm de anchura y, al oeste, un acceso de 90 cm de anchura que transcurría de forma transversal a la muralla. Entre los materiales recuperados destacan piezas como un pasador en T, un fragmento de talón de hacha de dos anillas o una colección cerámica donde podemos observar como mantiene unas características propias de las producciones de la Primera Edad del Hierro. El test de fitolitos realizado en algunos de los molinos permitió detectar *Quercus* sp. en cuatro y *Triticum dicocum* en uno, mientras que el estudio de la fauna determinó la presencia de *Bos Taurus* y *Sus domesticus*. En base a las dataciones absolutas realizadas y a algunos de los materiales se fechó el enclave entre el siglo VII a.C. y los siglos II/I a.C. (Valle, 2000; Valle y Serna, 2003; Valle, 2008; 2010), situándonos la única fecha de radiocarbono obtenida de la base de la muralla de la acrópolis entre los siglos VI a.C. y IV a.C.

En el marco de este mismo proyecto dirigido por A. Valle, entre 1997 y 1998 se intervino también en el yacimiento del Alto del Gurugú (El Astillero) (Serna *et alii*, 1996; Valle, 2000; Serna, 2002: 34; Valle y Serna, 2010) del cual los materiales procedentes de las distintas tallas y las dataciones realizadas les llevan a establecer un amplio arco cronológico que se inicia en el IV milenio a.C. y finaliza en época romana. Entre los materiales que pudieran adscribirse a la Edad del Hierro destacan algunos fragmentos cerámicos con digitaciones e incisiones lineales en los labios y bajo el borde que son puestos en relación con las piezas de Castilnegro.

Pocos años después, entre 2001 y 2002, J. Ruiz Cobo y P. Smith, dentro del *Proyecto de la Prehistoria Reciente de Matienzo*, excavan la cueva de Cofresnedo (Matienzo, Ruesga). De las trece zonas con interés arqueológico que llegan a diferenciar, en seis identifican restos que son vinculados a la Edad del Hierro: vestíbulo V3, la gatera G-4, la sala pendants, la sala del lago, la sala de la columna y la galería final (Ruiz Cobo y Smith, 2001; Ruiz Cobo y Smith, 2003; Bermejo *et alii*, 2008: 149–150). En la sala de la columna la datación de un fragmento cerámico confirma esta adscripción (Ruiz Cobo y Smith, 2001: 136; Ruiz Cobo y Smith, 2003: 169–170; Bermejo *et alii*, 2008: 149–150) mientras que en la galería final un grano de cereal es datado entre los siglos II a.C. y I d.C. (Ruiz Cobo y Smith, 2003: 90; Ruiz Cobo y Muñoz, 2009: 179; Smith *et alii*, 2013: 111). Los distintos depósitos, formados principalmente por restos cerámicos entre los que se reconocen vasijas del tipo Brazada, una hoja de puñal, una cuenta oculada o una placa de suspensión de puñal, fueron considerados inicialmente, por su relación con unidades cenicientas y restos humanos, como ajuares funerarios

(Rincón, 1985; García Alonso y Bohigas, 1995; Morlote *et alii*, 1996; González Echeagaray, 1999; Ruiz Cobo, 1999; Peralta, 2003; Ruiz Cobo y Muñoz, 2009). No obstante, la datación de varios de los individuos en la Edad del Bronce abrió la posibilidad a que alguno de los depósitos tuvieran un carácter votivo, como en la sala pendants y en la galería inferior (Ruiz Cobo y Smith, 2003: 160–168; Ruiz Cobo y Smith, 2008), manteniéndose la hipótesis funeraria para la gatera G-4, la sala de la columna y la sala del lago al entender las vasijas tipo Brazada como urnas funerarias (Ruiz Cobo y Smith, 2003; Ruiz Cobo y Smith, 2008).

Estos mismos investigadores, en el año 2010, llevaron a cabo en la cueva de Barandas una recogida de muestras de huesos y cerámica para, a través de su datación, intentar clarificar la atribución cronológica del yacimiento. Las piezas seleccionadas fueron un fragmento de una de las vasijas de tipo Brazada, que fue datada en una genérica Edad del Hierro; un calcáneo y un fragmento de tibia humanos, fechados entre los siglos I d.C. y III d.C.; y un fémur de *Bos* sp. que se sitúa entre los siglos II a.C. y el I d.C. Los resultados de esta intervención reinciden en la desvinculación de algunos depósitos en cueva con la funcionalidad funeraria para orientarse hacia aspectos más simbólicos o culturales relacionados con el mundo ctónico (Smith *et alii*, 2013).

Entre 2009 y 2010 la empresa Tanea Documentación y Conservación S.L., bajo la dirección de Y. Díaz Casado y ante la posible instalación de una cantera de caliza en el conocido castro de la Lomba (Requejo, Campoo de Enmedio), desarrolló una intervención de urgencia en el lugar (Díaz Casado, 2014a; 2014b). El sondeo 2, uno de los tres realizados tras la ejecución de una prospección visual, geofísica y con detector de metales, proporcionó abundantes restos materiales adscribibles a la Edad del Hierro. Entre ellos destacan un cuchillo afalcatado, fragmentos de enlucido de pared de cabaña con improntas de ramaje, restos de fauna entre los que se identifican vaca, ovicaprinos, suidos y cérvidos, y múltiples fragmentos cerámicos cuyas características los acercan a la Primera Edad del Hierro. Una propuesta cronológica que se vio confirmada por la datación de un carbón y un hueso entre los siglos VI a.C. y V a.C. (Díaz Casado, 2014b: 395).

Durante la primera década del siglo XXI, entre el año 2009 y 2012, el equipo dirigido por P.A. Fernández Vega retomó los trabajos en el castro de Las Rabas (Campoo de Enmedio) con el fin de afrontar tres grandes objetivos: documentar los momentos finales del enclave, estudiar el hábitat intramuros y ahondar en el conocimiento del sistema defensivo meridional. Las prospecciones con detector de metales permitieron confirmar la existencia de un asalto violento durante las Guerras Cántabras, al cual pertenecen el medio centenar de tachuelas de sandalia y las puntas de flecha de tipo sirio (Fernández Vega *et alii*, 2012). Hacia el sureste pudieron excavar los restos de una cabaña de unos 3 m de diámetros que fue construida directamente en la roca madre, aprovechando un aterramiento natural, y levantada su estructura a base postes y entramados de

madera que eran revestidos con mantado de barro. En su interior se conservaban algunos fragmentos cerámicos a torno, afladeras, restos de un caldero de bronce y unas singulares placas de cinturón articuladas del mismo metal. Un fragmento de madera permitió datar la cabaña entre la primera mitad del siglo IV y la primera mitad del siglo II a.C., considerándose la posibilidad de que su destrucción se debiera a un episodio violento desconocido con el cual también podría relacionarse el cráneo de mujer fechado entre finales del siglo V a.C. y mediados del siglo IV a.C. (Bolado *et alii*, 2019). En lo concerniente al sistema defensivo los nuevos trabajos pudieron comprobar la existencia de una muralla externa de doble paramento que transcurría de forma paralela a la muralla interna, consistente en un aterrazamiento con la cara externa armada. Hacia el noroeste se creó un acceso que obligaba a circular por un pasillo que transita entre ambas defensas y que asciende hasta el interior del castro.

Entre los restos materiales recuperados son de destacar una varilla de torques, denarios celtibéricos de *Turiasu* y *Sekobirikes*, su conjunto cerámico, parcialmente publicado (Bolado *et alii*, 2019), en el que se aprecia la importancia que adquiere la cerámica a torno, o la tésera anepígrafa de oso (Fernández Vega y Bolado, 2011a). Así mismo es de destacar el estudio realizado en la vaguada del yacimiento que permite desestimar, por el momento, que se trate de un área de necrópolis (Bolado *et alii*, 2019).

El mismo equipo, entre 2004 y 2013, fue el encargado de continuar con los trabajos en Monte Ornedo (Valdeolea) (Fernández Vega y Bolado, 2011b; Fernández Vega *et alii*, 2014, 2015). Gracias a ellos fue posible confirmar la existencia de la puerta identificada por Schulten y reconocer una muralla que recorrería prácticamente todo el monte hasta acotar un área de casi 20 ha. Esta se fabricó mediante doble paramento, mientras que las defensas terreras del este están formadas por un terraplén y un foso, algo que les lleva a relacionarlas con un antecastro, aunque sin descartar su pertenencia al campamento sito en la cima de Santa Marina, convirtiéndose así en un *vallum dúplex*. Es precisamente entre estas defensas y la puerta donde se han documentado las evidencias de un enfrentamiento entre las tropas romanas y la población prerromana (Fernández Vega y Bolado, 2011b). No obstante, si por algo destacan los trabajos realizados en este yacimiento es por el descubrimiento de una sauna (Fernández Vega *et alii*, 2014) cuyas dataciones la sitúan entre finales del siglo III a.C. y mediados del I a.C.

Entre 2013 y 2017 realizamos las excavaciones en la cueva del Aspío (Ruesga), entre cuyos objetivos estaba verificar la existencia de enterramientos de la Edad del Hierro en el tercer depósito, ahora denominado Área 2 (Bolado *et alii*, 2015b: 137–138; Bolado y Cubas, 2016: 108–109). Los resultados de la intervención permitieron confirmar la ausencia de restos humanos y relacionar las manchas cenicientas, que se habían vinculado a restos de incineraciones, con carporrestos datados entre finales del siglo II a.C. y finales del I a.C. El conjunto formado

por varias vasijas, cereal, una hoja de puñal, una hoz, fauna, unas pinzas de banquete o fuego, una fusayola y herramientas de madera relacionadas con la actividad textil, fue interpretado, por tanto, como ofrendas que responderían a un culto desconocido.

Este incremento de las cuevas relacionadas con actividades simbólicas y su disociación con el mundo funerario motivó así mismo la puesta en marcha en el año 2019 del proyecto *El uso de las cuevas durante la Edad del Hierro en Cantabria*, dentro del cual se han realizado dataciones de restos humanos, que tradicionalmente fueron asociados a materiales de la Edad del Hierro, procedentes de cinco cavidades: cueva de Lamadrid (Riotuerto), cueva de El Calero II (Piélagos), cueva de la Graciosa I (Medio Cudeyo), cueva de la Graciosa II (Medio Cudeyo) y cueva de Callejonda (San Felices de Buelna) (Bolado *et alii*, 2020b). De todas ellas solamente la cueva de Lamadrid proporcionó una fecha de entre los siglos II a.C. y el siglo I d.C., perteneciendo el resto a momentos prehistóricos más antiguos, lo que posibilita desestimar nuevamente usos funerarios en algunas cavidades y confirmar la inexistencia de enterramientos atípicos, sacrificios humanos o el culto de las cabezas cortadas en el caso de las cuevas de la Graciosa I y II (Fernández Acebo *et alii*, 2004: 82; De Luis, 2014: 146; Torres Martínez, 2011: 402).

Las últimas intervenciones centradas en la Edad del Hierro que se han realizado en Cantabria son las dirigidas por J. Marcos y L. Mantecón en el castro del Cincho (Santillana del Mar), las cuales han puesto al descubierto un enclave con dos fases: una primera caracterizada por mostrar una defensa de tipo *muris gallicus*, y una segunda con una muralla de doble paramento que se apoyaría en la primera (Mantecón y Marcos, 2014; Marcos y Mantecón, 2016). Entre los materiales publicados es de destacar la documentación de un aplique para la sujeción y suspensión de las correas de una *caetra* fabricada en madera de fresno (Mantecón y Marcos, 2014: 168–184; Marcos y Mantecón, 2016: 33–42; Mantecón y Marcos, 2018).

Desde el punto de vista arqueológico no debemos olvidarnos de mencionar la publicación de algunos trabajos centrados en materiales de gran interés, como es el caso de las dos cajitas celtibéricas halladas en Camesa-Rebolledo (Valdeolea), tras las que podrían esconderse pervivencias prerromanas o tradiciones locales durante la romanización (Fernández Vega *et alii*, 2010); los peines y la espada de telar de la cueva del Aspío, que nos acercan a la tecnología de la madera de la Edad del Hierro así como a conocer su aprovechamiento (Bolado *et alii*, 2020a); o la identificación de un modelo de fíbula tras el que pudiera esconderse una interpretación local de las fíbulas de caballito (Bolado y Fernández Vega, 2018).

Si bien este trabajo tiene un marco geográfico centrado exclusivamente en Cantabria, no podemos evitar hacer una breve referencia a las últimas novedades procedentes de los proyectos de investigación que se están desarrollando en estos últimos años dentro del territorio cántabro ya

que, de forma directa o indirecta, influyen en nuestra investigación.

En Palencia son de destacar los trabajos desarrollados en El Castro (Santibáñez de la Peña) en donde se halla el poblado protagonista del conocido asedio de La Loma. Las excavaciones desarrolladas entre 2003 y 2022, junto al destacado sistema de asedio militar romano y a los restos materiales vinculados con él, han posibilitado documentar un enclave prerromano férreamente fortificado que destaca por la muralla y foso del noroeste y norte los cuales, en la zona excavada, llegan a alcanzar los 17 m de anchura (Peralta, 2007; 2015c). La muralla, especialmente por la cara interna, conserva parte del alzado llegándose a documentar dos fases, de las que la más antigua fue reaprovechada para acceder al paseo de ronda de la más moderna. Se levantó a base de dos grandes lienzos en cada cara de la muralla que han sido rellenados con materiales sólidos, rematándose con una empalizada de madera revestida de manteado, de la que quedarían evidencias en el foso (Peralta, 2015c: 94–95). Llama la atención que pudo tratarse de una construcción de módulos (Fernández Acebo *et alii*, 2010: 604; Peralta, 2015c: 96) y emplearse en el lienzo exterior una técnica similar a la de las murallas vitrificadas que la dotarían de mayor solidez (Fernández Acebo *et alii*, 2010: 603–604). El foso, en V, aprovecha una grieta natural que fue acondicionada, alcanzando una anchura en la boca de 3,90 m y más de 4 m de profundidad. El borde superior de la cara interna fue reforzado con un pequeño muro que pudo servir de base para el establecimiento de postes o estacas relacionados con un posible parapeto intermedio (Fernández Acebo *et alii*, 2010: 604; Peralta, 2015c: 94). Este sistema se complementaba por el sur con un bastión de planta curvada adosado a la cara externa de la muralla. Al interior tenemos constancia de la existencia de cabañas próximas a las murallas, así como evidencias materiales y niveles que permiten datar el yacimiento entre la Primera Edad del Hierro y la llegada de Roma, momento en el que es asediado y asaltado (Peralta *et alii*, 2011: 153–155; Peralta, 2015c; Peralta *et alii*, 2021).

De forma casi paralela en el tiempo, en 2004, se inició una nueva etapa en la investigación de Monte Bernorio (Villarén de Valdivia, Palencia). Gran parte de los esfuerzos se han centrado en la documentación del sistema defensivo, redefiniendo el mismo a partir de las prospecciones y la excavación, lo que ha llevado en primera instancia a desestimar la estructura de la conocida acrópolis como prerromana para pasar a formar parte de los *castella* militares romanos (Torres Martínez, 2007: 86–89; Torres Martínez y Serna 2010: 79–85; Torres Martínez *et alii*, 2011; Torres Martínez y Martínez Velasco, 2012; Torres Martínez, 2015: 126–129). Se han reconocido igualmente tres entradas con caminos de acceso acondicionados, fortificaciones auxiliares en el caso de la norte y la noroeste, y accesos mediante sistemas de esviaje o acodados (Torres Martínez y Martínez Velasco, 2012; Torres Martínez, 2015: 118–120; Martínez Velasco y Torres Martínez, 2016: 130–131). Cerca de la puerta sur

las excavaciones han puesto al descubierto una muralla de doble paramento relleno de piedras irregulares, asentada sobre roca madre a dos alturas, con una anchura media de entre 3 m y 4 m. Delante de la defensa se estableció un foso de sección triangular de 4 m de ancho y 2 m de profundidad que discurre por buena parte del perímetro. El borde del foso cuenta con una serie de piedras que pudieron servir para fijar una defensa perecedera de tipo empalizada (Torres Martínez y Martínez Velasco, 2012; Torres Martínez, 2015: 120; Martínez Velasco y Torres Martínez, 2016: 131). El equipo de investigación considera que todo este sistema se vería a su vez complementado por un multivallado exterior fechado en la Segunda Edad del Hierro que, en un área de 90 ha, crearía un paisaje de terrazas defensivas que facilitaría el acceso al agua y dificultaría el acercamiento a las puertas, tanto a la infantería como a la artillería y máquinas de asedio (Torres Martínez, 2015: 120; Martínez Velasco y Torres Martínez, 2016: 131–133).

Al interior de la muralla de la terraza sur se han podido distinguir distintas fases entre las que serían de nuestro interés la fase II, coincidente con la conquista romana y con estructuras cuadrangulares con zócalos de piedra y paredes con estructuras vegetales recubiertas con arcilla; la fase III, perteneciente a los momentos anteriores a la toma del castro, protagonizados por viviendas rectangulares con esquinas redondeadas cimentadas en losas de piedra y muros de materiales perecederos enlucidos con arcilla y pintura; la fase IV, de viviendas elípticas con el mismo sistema constructivo y materiales adscritos a la Primera y Segunda Edad del Hierro; y la fase V, localizada en puntos determinados que aportan evidencias del Bronce final. De dos de estas estructuras citadas, correspondientes a las fases II y III, proceden los enterramientos de dos perinatales, algo frecuente en la Edad del Hierro peninsular pero desconocido hasta ahora en la Edad del Hierro del territorio cántabro. Unos enterramientos atípicos que son relacionados con los ritos de paso de las edades: al no alcanzar estos el rango suficiente dentro de la sociedad no fueron incinerados y depositados en la necrópolis (Torres Martínez *et alii*, 2012a). Sobre esta tenemos también noticias acerca de la excavación de nuevos hoyos de incineración cubiertos por un túmulo de piedras de grandes dimensiones que pudiera haber sido usado por los miembros de una misma familia (Torres Martínez y Martínez Velasco, 2012).

El registro material, en proceso de estudio, parece ser enormemente amplio y consolida ese arco cronológico propuesto entre el Bronce final y la conquista romana. Son de destacar los restos de fauna de bóvidos, suidos y ovicaprinos; la producción de cerámica a mano con decoraciones diversas y la cerámica a torno oxidante lisa y con decoración a peine; un hacha pulimentada (Torres Martínez *et alii*, 2011–2012); elementos de bronce como fibulas, brazaletes o hebillas y de hierro relacionados con armas y herramientas; o piezas que evidencian la existencia de unas relaciones fluidas con su entorno, como las cuentas de pasta vítrea (Torres Martínez *et alii*, 2013b)

o un denario de la ceca de *Turiasu* y otro partido de *Bolskan* (Torres Martínez, 2015: 117; Martínez Velasco y Torres Martínez, 2016: 137–139). No obstante, hay dos hallazgos que destacan sobre los demás por las implicaciones que traen consigo. El primero de ellos es la tésera de hospitalidad hallada en el nivel 3 del área 3, identificado con la destrucción del *oppidum*, que representa en bronce la mitad trasera de un porcino (Torres Martínez y Ballester, 2014). En el anverso se dispone una inscripción en una sola línea, contorneando la pieza, en la que se cree ver una variedad del alfabeto ibérico en una lengua de tipo céltico distinta a la celtibérica que podría relacionarse con la lengua que se escribía y leía en este territorio (Torres Martínez y Ballester, 2014; Martínez Velasco y Torres Martínez, 2016: 142). Su ruptura, mediante corte artificial, es explicada bien debido a un reciclaje de la pieza para su refundición o bien como la consecuencia de una ceremonia de finalización o anulación del pacto.

El segundo de los hallazgos al que nos referíamos es más bien una noticia acerca de la aparición de un fragmento de rejilla de horno de doble cámara y de cerámicas torneadas y decoradas sin cocer. Estos simples objetos abren el camino hacia una nueva interpretación sobre el origen de la denominada cerámica celtibérica la cual, de confirmarse, dejaría de ser una evidencia exclusiva de las relaciones comerciales con los valles del Ebro y del Duero, para convertirse también en una producción local (Torres Martínez, 2015: 116).

En la provincia de Burgos destacan los trabajos realizados en el castro de la Ulaña (Humada) (Cisneros y López Noriega, 2004; Cisneros, 2004; 2005; Cisneros y López Noriega, 2005a, 2007; Cisneros *et alii*, 2011). En sus 586 hectáreas se han distinguido y excavado dos murallas, una situada en el flanco norte que se adapta al terreno protegiendo la zona más vulnerable, y otra transversal que divide el yacimiento por el interior. Ambas defensas son de doble paramento relleno con una anchura muy similar, 3,1/3,5 m para la primera y 3,5 m para la segunda, no siendo contemporáneas. Inicialmente se levantó la muralla norte la cual, tras ser destruida parcialmente, se reconstruye a la vez que se erige la muralla transversal. A partir de las dataciones absolutas y los materiales recuperados, se puede afirmar que ya estaría levantada hacia mediados del siglo III a.C. y mediados del siglo II a.C. (Cisneros y López Noriega, 2004:18). La vaguada exterior, que ocupa 301 hectáreas, junto con una docena de banales y aterrazamientos, complementaría las defensas y ayudaría a controlar y dirigir el acceso al enclave a través de las puertas en embudo conocidas (Cisneros y López Noriega, 2004; 2005).

En el interior del poblado se han descubierto 179 estructuras de habitación de plantas variables. Por el momento se distinguen un total de 24 unidades de ocupación o viviendas compuestas por 68 estructuras (Cisneros 2002; Cisneros y López Noriega, 2005b; Cisneros, 2006: 36–45). De todas ellas se han excavado tres viviendas: la vivienda uno, formada por dos estructuras circulares y dos rectangulares;

la vivienda dos, caracterizada por la presencia de estructuras adosadas de contorno circular e integrada por cinco estructuras; y la vivienda tres compuesta por cuatro estructuras rectangulares adosadas a la muralla norte. En todas ellas se constata una construcción a base de zócalos de piedra, paredes de materiales orgánicos, un suelo a base de tierra pisada o losas planas de piedra y una techumbre vegetal que, en la vivienda uno, pudo ser de una vertiente (Cisneros y López Noriega, 2005b: 98; Cisneros, 2006: 37). La vivienda uno y dos fueron ocupadas durante la Segunda Edad del Hierro, pudiendo llegar la vivienda dos hasta finales de la Primera Edad del Hierro. Su final, por abandono o incendio, debió acontecer a mediados del siglo I a.C., sin relacionarse con las Guerras Cántabras (Cisneros y López Noriega, 2005b). Resta destacar las estructuras 55 y 141 que, por su localización próxima a dos puertas y su peculiar forma rectangular rematada en uno de sus lados en exedra, pudieran responder a una estructura defensiva o de carácter público (Cisneros, 2006: 43–45; Cisneros *et alii*, 2011: 70).

Dentro del conjunto de materiales, entre los que encontramos distintos útiles y herramientas de hierro, bronce diversos, molinos, un colgante lítico o un denario celtibérico de *Turiasu* (Cisneros y López Noriega, 2004: 12–13; Cisneros *et alii*, 2011), destacan dos estudios arqueofaunísticos que revelan la presencia de vaca, cabra, oveja, cerdo, jabalí y caballo (Blasco, 2005; Marín y Cisneros, 2008), y una caracterización de la producción cerámica que es dividida en dos grupos: un primer grupo de cerámicas reductoras en las que se aprecia el uso del torno sobre arcillas poco aptas para ello, que fecharían entre finales del siglo IV a.C. y principios del III a.C.; y un segundo grupo, que abarca desde el 300 a.C. hasta mediados del I a.C., caracterizado por las cerámicas a torno oxidantes (Cisneros y López Noriega, 2004: 17–18; Álvarez, 2005; Cisneros *et alii*, 2011).

De esta forma, y con el apoyo de las dataciones absolutas, vemos que la vida del castro podría llevarse hasta los momentos finales de la Primera Edad del Hierro, siendo abandonado en la segunda mitad del siglo I a.C., justo antes de la llegada de las tropas romanas o bien por un acuerdo con las mismas (Cisneros y López Noriega, 2004: 22; 2005c: 149–158). Para el equipo de investigación las defensas de La Ulaña sin duda eran disuasorias y efectivas contra un enemigo del entorno, pero poco útiles y prácticas, ante los recursos humanos necesarios para cubrirlas, contra Roma. Esto pudo motivar el abandono del enclave originando el comienzo de un cambio de patrón en el poblamiento que los dirigiría hacia Peña Amaya (Amaya, Burgos) (Cisneros *et alii*, 2011: 73,74 y 77). En este lugar siempre ha sobrevolado la sombra de un hábitat de la Edad del Hierro, representada por múltiples objetos (Quintana, 2008a; 2008b), pero nunca se han podido localizar los niveles de ocupación, algo que parece que incluso ha sido esquivo a las intervenciones realizadas entre los años 2000 y 2002, destacando solo hallazgos descontextualizados como un cuchillo afalcatado y dos cerámicas con decoración pintada –una copa y un cuenco carenado– que

podrían relacionarse con las cerámicas tardoceltibéricas o de tradición indígena (Quintana, 2008a: 237; Cisneros *et alii*, 2005: 567; Quintana, 2017).

Interesante resulta también en el territorio burgalés la visión de I. Ruiz Vélez (2009) sobre el individuo hallado en 1976 en la cueva de Ojo Guareña (Merindad de Sotocueva), que relaciona con algún tipo de ritual de iniciación de las cofradías guerreras, o las nuevas prospecciones que, a falta de excavaciones arqueológicas, pueden llegar a descubrir en torno a una veintena de enclaves de la Edad del Hierro entre los que, sin lugar a dudas, toma protagonismo el de Peña Dulla (Merindad de Sotocueva) (Ruiz Vélez, *et alii*, 2014; Bohigas *et alii*, 2015; Bougon *et alii*, 2015).

Hacia la parte más occidental del territorio cántabro son de señalar, por último, estudios como el de G. E. Adán (2007) para el castro de Caravia (Asturias), en el que compara sus resultados con los de las excavaciones de Aurelio de Llano y Roza de Ampudia, extendiendo así la vida del castro, a partir de la cerámica, hasta el siglo IV a.C., con sospechas de existir ocupaciones anteriores. Noticias interesantes, aunque sean puntuales, tenemos también de Corao (Asturias) acerca de la ocupación de los valles gracias a las cerámicas recuperadas durante un seguimiento arqueológico en la AS-114 (Requejo 2003–2004; Requejo y Gutiérrez, 2009; Requejo y Álvarez, 2013); al igual que de interés son también los primeros resultados de las excavaciones desarrolladas en la Peña del Castro (La Ercina, León). Las investigaciones iniciadas en el año 2013 están desvelando la existencia de un poblado que inicia su ocupación en la Primera Edad del Hierro. Esta fase por el momento está representada por una tapadera y un vaso bitroncocónico hallados en el sondeo 3 (González Gómez *et alii*, 2015: 198). A los siglos V-III a.C. responden dos viviendas ovales con zócalo, suelo de arcilla apisonada y paredes de entramado vegetal y barro, así como varios niveles inferiores de acondicionamiento del sustrato geológico (todos de los sectores 1 y 4), sobre los que se levantaron en una fase más moderna otras dos viviendas de planta ovalada y una rectangular (González Gómez *et alii*, 2015; 2016). Todas ellas fueron construidas con las mismas características anteriormente citadas, siendo destacable la denominada Estructura 05. En esta se conservan restos de revoco y pintura y dos enterramientos perinatales en la zona de la puerta junto a otro de un ovino joven con marcas de sacrificio (González Gómez *et alii*, 2015: 195–196). De todas las cabañas se ha recuperado abundante material que permite extraer información de las distintas actividades económicas desarrolladas, algo que las lleva a ser consideradas como unidades de producción (González Gómez *et alii*, 2016: 37). Frente a esta arquitectura doméstica privada destaca un edificio de 7,47 m x 7,19 m situado junto a la puerta de acceso al castro (Estructura 04), con planta en forma de D. Su materia prima difiere de la empleada en las cabañas y muralla, construyéndose totalmente en arenisca rojiza. Contaba con una techumbre asimétrica, un acceso sobreelevado con escalones y una división interna en tres estancias. El material hallado en la Estancia C así como

sus características estructurales hacen que sea considerado como un edificio comunal que pudiera estar relacionado con la práctica de rituales (González Gómez *et alii*, 2015: 194–195; 2016: 19–22, 38).

La muralla del poblado, por su parte, fue realizada con doble paramento a hueso relleno de tierra y piedras hasta alcanzar una anchura que oscila entre los 2/3 m. Existen evidencias de su destrucción intencionada lo que unido a los niveles de incendio detectados en el interior y en la puerta, a las dataciones absolutas y a algunas evidencias de material militar romano, hacen sugerir que el final de esta fase pueda relacionarse con la conquista del norte (González Gómez *et alii*, 2015: 199; 2016: 20 y 36).